

13.º domingo ordinario A

*Concédenos vivir fuera de las tinieblas del error
y permanecer siempre en el esplendor de la verdad.
(Oración colecta)*



Primera lectura

2 Reyes 4,8-11.14-16a

Un día pasaba Eliseo por Sunem y una mujer rica lo invitó con insistencia a comer. Y siempre que pasaba por allí iba a comer a su casa. Ella dijo a su marido: – Me consta que ese hombre de Dios es un santo; con frecuencia pasa por nuestra casa. Vamos a prepararle una habitación pequeña, cerrada, en el piso superior; le ponemos allí una cama, una mesa, una silla y un candil, y así, cuando venga a visitarnos, se quedará aquí.

Un día llegó allí, entró en la habitación y se acostó: Dijo a su criado Guiezi: – ¿Qué podemos hacer por ella?

Contestó Guiezi: – No tiene hijos y su marido ya es viejo.

El le dijo: – Llama a la Sunamita.

La llamó y ella se presentó a él. Eliseo dijo: – El año que viene, por estas mismas fechas, abrazarás a un hijo.

Segunda lectura

Romanos 6,3-4.8-11

Hermanos y hermanas: Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo, fuimos incorporados a su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, así como Cristo fue despertado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Por tanto, si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él, pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque su morir fue un morir al pecado de una vez para siempre, y su vivir es un vivir para Dios.

Lo mismo vosotros consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus apóstoles: – El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado. El que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá paga de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá paga de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pobrecillos sólo porque es mi discípulo, no perderá su paga, os lo aseguro.

Meditación

La fe es una opción radical. La llamada de la fe se resume en una sola palabra: "sígueme". La respuesta es sin condiciones. Ni el enterrar muertos, ni el querer a los padres, ni otras ataduras, deben impedir la opción de la fe. En esta opción, uno se juega la vida. Pero sepamos apostar bien, porque, en la fe, el que pierde la vida es el que la gana.

Jesús pide una lealtad y fidelidad absolutas a su persona. Por encima de la que debemos a los seres más queridos. ¿Cómo es esto posible? Esta exigencia es preciso hacerla compatible con la insistencia del mismo Jesús en la obligatoriedad del cuarto mandamiento. Pero puede ocurrir que esta obligatoriedad y las vinculaciones más estrechas con los seres queridos se conviertan en obstáculo para la vinculación con Cristo y las exigencias que ella implica. En casos de competencia o conflicto debe prevalecer, en la jerarquización de valores, el valor supremo.

La fidelidad total en el seguimiento de Cristo implica frecuentemente dificultades y hasta persecuciones. Aceptar el discipulado cristiano sin condiciones, con todas las implicaciones que lleva consigo, es cargar con la cruz.

Sigue el proverbio paradójico de entregar o perder la vida para encontrarla. El discípulo de Jesús no se pertenece, pertenece a la familia de Jesús. Le ha entregado la vida. Pero esta entrega de la vida ha sido hecha al autor de la vida, a la vida misma, a aquél que vino para que la tengamos en plenitud. Es así como la vida "corporal" adquiere toda su dimensión en la vida eterna al verse dentro de la vida de Aquél a quien nos hemos entregado. Por el contrario, aferrarse a la vida corporal saliéndose de la esfera de la vida inextinguible significa entrar en el círculo inexorable de la muerte.

El discurso sobre el verdadero discipulado ha hablado constantemente de exigencias, renunciadas, incluso de entregar la vida, por razones de fidelidad al Maestro. Tiene que haber una buena razón para que el hombre se decida ante un programa como éste. Esta razón es el premio que espera como contrapartida. Todo trabajo, esfuerzo, sacrificio, prestación hecha al prójimo... no quedará sin recompensa. Ninguno de los trabajos realizados por el Reino quedará sin recompensa, bien se realice con los profetas, bien se realice con cualquier cristiano o simplemente con cualquier hombre.